

Patterson (un sociólogo invitado para la ocasión, autor de *Freedom in the Making of Western Culture*, New York, 1991) que no termina de persuadirle.

El tercer apartado se reserva a las «estructuras». Stephen Hodgkinson continúa con su método comparativo, que tan buenos resultados ha cosechado a la hora de alcanzar una mejor comprensión –alejada de los estereotipos antiguos– de la clase dirigente espartiatá (*Property and Wealth in Classical Sparta*, London, 2000), aplicado ahora a la relación entre espartiatá e ilota en la esfera de la economía agraria. Junto a él, los trabajos de Thomas Figueira y Walter Scheidel afrontan un mismo problema, el de la demografía ilota, y coinciden en la conclusión de que el cálculo de ilotas se ha sobrestimado, no obstante lo cual seguían siendo numéricamente muy superiores a sus dueños.

Declaran los editores que su principal objetivo es «proveer materiales e ideas para una nueva valoración de la historia de los ilotas» y se felicitan por la falta de consenso entre los estudiosos reunidos, reflejo de la diversidad de opiniones instalada entre quienes han dedicado su tiempo a cultivar el viñedo laconio. Como punto de partida es loable, sólo la limitación del volumen al mundo intelectual anglosajón recorta tan ambiciosa meta. Porque seguramente Ducat, Nicher, Welwei, Vattuone o Nafissi, por citar algunos nombres, habrían tenido también mucho que decir, y proponer, sobre la cuestión ilota.

César Fornis

TUPLIN, C. (ed.): *Xenophon and his World. Papers from a conference held in Liverpool in July 1999*, *Historia*, Einzelschriften 172. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2004, 524 pp. ISBN: 3-515-08392-8.

En 1993, desde las páginas introductorias de su *The Failings of Empire. A Reading*

*of Xenophon Hellenica 2.3.11-7.5.27* (*Historia*, Einzelschriften 76, Stuttgart), Christopher Tuplin reclamaba una revisión de la figura y la obra de Jenofonte, historiador en su opinión injustamente denostado por la historiografía moderna de las últimas décadas, sobre todo al compararlo con su predecesor Tucídides. Hay que decir, honestamente, que Tuplin se situaba, junto a Gerald Proietti (*Xenophon's Sparta. An Introduction*, *Mnemosyne* Suppl. 98, Leiden, 1987) en el otro polo historiográfico, ya que advertía en Jenofonte una inusual perspicacia y sutilidad a la hora de destilar su crítica hacia el mundo que le rodeaba y, más concretamente, hacia una sociedad espartana pervertida por la victoria sobre Atenas en la guerra del Peloponeso. De cualquier forma, este esfuerzo reivindicativo le llevó a preparar y organizar el que habría de ser el primer encuentro académico de carácter monográfico sobre Jenofonte, que en el verano de 1999 reunió en Liverpool bajo su dirección a cincuenta y seis estudiosos de distintas nacionalidades, y más tarde a asumir la tarea de edición científica de las actas, donde se recogen un total de veinticuatro contribuciones seleccionadas distribuidas en siete secciones, amén de la consabida introducción: biografía, relación con Sócrates, percepción del mundo bárbaro, Esparta, religión y política, *Anábasis* y *Helénicas*. El largo tiempo transcurrido hasta la aparición de estas actas es la posible causa de que algunos participantes hayan buscado otras vías de publicación para sus ponencias (casos de Beck, Bradley, Due, Seager, etc.).

Entrados en el desarrollo de la obra, la segunda sección, compuesta por tres artículos, gira en torno a la atribulada vida de Jenofonte. Después de recordar las numerosas incertidumbres biográficas que pesan sobre nuestro historiador, Ernest Badian (pp. 33-53) defiende con ardor que, por encima de su conflictiva relación con su polis natal y el tópico que le hace lacedemonio de

adopción, no dejó de ser un ateniense leal y lo demostró con un trato de favor hacia Atenas en su obra. En particular Martin Dreher (pp. 55-69) profundiza en un acontecimiento clave de su vida, el exilio de Atenas (cuándo y por qué se produjo, cuál fue el procedimiento judicial, si hubo rehabilitación posterior), mientras Marta Sordi (pp. 71-78) aboga por una experiencia siciliana de Jenofonte, como mercenario en la tercera guerra cartaginesa, durante la cual podría haber adoptado incluso la ciudadanía siracusana.

El siguiente grupo de artículos se centra en el poso socrático de Jenofonte. En este sentido, Watterfield (pp. 79-113) defiende la propia entidad de Jenofonte como pensador, como socrático, con «misión» propia, diferente mas no por ello inferior de la de Platón. A idéntico resultado llega Roscalla (pp. 115-124) en su planteamiento sobre el concepto de *kalokagathia* en Jenofonte: un proyecto político y cultural distinto pero no de menor importancia que el platónico en el marco de una Atenas contemporánea. También presenta su singularidad el modelo de relación pederástica propuesto por Jenofonte, opuesto al «celibato homosexual» de su maestro, como concluye Hindley (pp. 125-146).

La cuarta parte explora la relación de Jenofonte con el mundo bárbaro, y en concreto con la realeza aqueménida, a través de dos ensayos: el de Azoulay (pp. 147-173) profundiza en el ceremonial de corte plasmado en la *Ciropedia*, el de Petit (pp. 175-199) en el fenómeno del vasallaje.

En el quinto punto se incluyen dos contribuciones cuyo nexos es la Esparta de Jenofonte. En la primera, Sarah Pomeroy (pp. 201-213) nos ofrece a imagen de la mujer espartana proyectada por la *Lakadaimonion Politeia*; en la segunda, Noreen Humble (pp. 215-228) no encuentra justificación para dudar de que el capítulo 14 de la citada obra constituye una parte central de la misma y,

por ende, del propio pensamiento de Jenofonte.

El sexto apartado se consagra a la visión religiosa y política que emana de la obra de Jenofonte. Bajo esta luz, Bowden (pp. 229-246) subraya el desinterés de Jenofonte por hacer un estudio teórico o científico de la religión, limitándose al aspecto meramente descriptivo, Brock (pp. 247-257) nos muestra el uso que hace el historiador ateniense de la imagería política, particularmente de las imágenes y de la figura del monarca, Dillery (pp. 259-276) considera las paradas y despliegues militares de Jenofonte una prefiguración de la pompa helenística y de la propaganda política que conlleva, y Sevieri (pp. 277-287) ve en el *Hierón* un proceso por el que, a través de mecanismos propios de la poesía epinílica, el tirano se convierte en benefactor de la comunidad.

En el capítulo séptimo encontramos tres contribuciones sobre la *Anábasis*. La de Lee (pp. 289-317) parte de considerar al *lochos* (unidad táctica y social de unos cien hombres) el elemento nuclear y vertebrador del ejército mercenario cireo; Manfredi (pp. 319-323) propone identificar el monte Zigana con el Teches de la archifamosa escena en la que los mercenarios supervivientes avistan el ansiado mar Negro tras su larga aventura; Tritle (pp. 325-339) observa síntomas de trastorno de estrés postraumático, producto de su experiencia militar, en el retrato que Jenofonte hace del comandante de los Diez Mil, el exiliado espartano Clearco.

Para terminar, el último enunciado reúne ocho trabajos que tienen en común el texto de las *Helénicas*. Rood (pp. 341-395) nos dice en qué medida y en qué aspectos la narrativa de los últimos años de la guerra del Peloponeso es en realidad una continuación de la obra tucidídea, recurriendo a la comparación con otros «continuadores» como el fragmentario Anónimo de Oxirrinco o Éforo (a través de Diodoro Sículo). Precisamente las diferencias con la *Hellenica*

*Oxyrhynchia* son palpables, y a primera vista insalvables, en el modo de abordar el origen de la guerra de Corinto. Aunque tradicionalmente se venía prefiriendo la interpretación del historiador oxirrinquo, Buckler (pp. 397-411) se queda con la de Jenofonte, quien hace que los *prostatai* antilaconios tebanos se aproximen a los locros occidentales y no a los focidios en el incidente detonante del conflicto, en tanto que Rung (pp. 413-425) cree que las dos fuentes no son excluyentes, sino reconciliables, en el tema de la controvertida misión del enviado del Gran Rey, el rodio Timócrates, con fondos para construir y sufragar una guerra en Grecia que alejase a Agesilao de Asia Menor. Por su parte, Peter Funke (pp. 427-435) busca la explicación del brutal diecimo forzado por Esparta sobre Mantinea tras la paz del Rey en las (modestas) ambiciones expansionistas de la polis arcadia. Sprawski (pp. 437-452) valora positivamente que Jenofonte no caracterice a Licofrón y a Jasón como tiranos (por tanto ilegítimos) de Feras, tal y como hace Diodoro, sino que exclusivamente reserve el término para las aspiraciones hegemónicas de ambos sobre toda Tesalia. Sterling (pp. 453-462) rechaza como simplista la idea generalizada de que Jenofonte albergaba prejuicios contra los tebanos; en su opinión la explicación para su evidente hostilidad hacia ellos reside en un menosprecio de sus dotes de liderazgo y en la creencia de su búsqueda de la hegemonía había sumido en el caos al continente griego. Por fin, Jehne (pp. 463-480) hace una singular lectura de la conocida omisión jenofónica del nacimiento de la segunda liga ateniense: el historiador estaría reaccionando contra el método tucidídeo al hacer de una causa inmediata (*aitia*), la razia de Esfodrias sobre Atenas, y no de una causa profunda (*alethestate prophasis*), el miedo ateniense al crecimiento del poder espartano, la razón del estallido de la guerra entre ambos estados en 378.

A buen seguro la publicación de este volumen culmina el objetivo inicial de Tuplin de promover un foro de intercambio de opiniones y enfoques historiográficos sobre un autor prolífico que abordó, con mayor o menor fortuna, una abigarrada temática a lo largo de su producción literaria, excepcionalmente conservada intacta y por lo mismo fundamental para el estudio de la primera mitad del siglo IV griego.

César Fornis

BUCKLER, J.: *Aegean Greece in the Fourth Century B.C.* Leiden-Boston: Brill, 2003, 544 pp. ISBN: 90-04-09785-6.

Nos encontramos ante una síntesis del siglo IV griego, bien que no completo, pues, a pesar de que el título no lo indique, el autor se detiene en el asesinato de Filipo II en 336, con lo que deja fuera el tercio de la centuria que convencionalmente se incluye en el Helenismo. El enfoque es eminentemente narrativo, de historia política y militar, interrumpido por observaciones topográficas basadas en un conocimiento personal del terreno y por fotografías de campos de batalla y lugares relevantes que ciertamente son de agradecer, pero se echa en falta en algunas ocasiones un análisis económico o social de ciertos hechos o temas que faciliten al lector su plena comprensión. Un ejemplo: los problemas internos que la sociedad espartana vive a comienzos de siglo no se pueden reducir a una consecuencia de las ambiciones políticas de Lisandro, como tampoco se puede abordar debidamente la conspiración de Cinadón sin algunas observaciones, por someras que pueden ser, sobre las clases dependientes en Lacedemonia. Por el contrario, B. se recrea en pormenores de asuntos que conoce bien (en general relacionados con la historia de Tebas/Beocia), pero que quizá no tengan la importancia que él les concede. Así,